

El Mundo de las Aventuras

➤ Año I. • Núm. 10 •

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

BARCELONA, diciembre de 1892

Con el presente número se entregará el cuaderno 10 de «¡Hijo mío!», novela de la BIBLIOTECA



DUELO FERROZ

SUMARIO

El águila dorada.—Breve noticia sobre el empleo de los sueños como medio adivinatorio en la antigüedad y en la edad media.—Guerra á muerte (*continuación*).—Duelo feroz.—Naufragio del *Howe*.—Suplicio indiano.—En la trampa del lobo.—Variedades.—Noticias.

EL ÁGUILA DORADA

El siguiente relato fué escrito por uno de los principales actores del episodio que vamos á referir; y como semejantes aventuras parecen interesar más cuando las refiere una persona que maneja la pluma tan bien como Mr. Grohman, que fué testigo ocular, reproduciremos la narración tal como él nos la dejó.

«A mi regreso al Tirol, después de viajar por Francia y España, en la primera semana de julio de 1872, la primera persona que me felicitó por mi llegada á Kufstein, estación de la frontera, me dió una buena noticia, y era que se había descubierto el sitio donde estaba el nido de un águila dorada, cerca del anchuroso valle del Inn.

«El anciano Hansel, nombre de la persona á quien me refiero, era guardabosque en una posesión inmediata á Kufstein, y algunos años antes había compartido conmigo su duro lecho cuando la noche me sorprendía en alguna de las soledades alpinas, ó cerca de los glaciares, donde se caza la gamuza.

«Hansel, que había tenido noticia de aquel descubrimiento, disponíase á ir á la estación del ferrocarril, distante una hora, poco más ó menos, del valle de B., en cuya extremidad más remota, es decir, á diez ó doce horas, habíase descubierto el nido.

«Poseído de la mayor curiosidad, envié un telegrama á un amigo que me esperaba en Ampezzo, diciéndole que tardaría aún tres ó cuatro días en llegar, y subí al coche del tren con el guardabosque.

«A la mañana siguiente, mucho antes de amanecer, llegábamos al punto de nuestro destino, y por indicación de mi compañero fuimos á hospedarnos en casa de un leñador que vivía cerca del salvaje, del inaccesible barranco, donde ocurrió la aventura de que me propongo dar cuenta. El leñador se llamaba Tomerl.

«Pocos de mis compañeros de viaje de París á Kufstein me habrían reconocido en el traje que vestí para emprender la expedición. Llevaba una casaca vieja, calzón corto de cuero, medias largas de color gris y un hongo de anchas alas que había sido primero verde, después pardusco y por último amariño.

«Tomerl, el leñador, era antiguo conocido mío; apreciábale por sus relevantes cualidades como cazador, y habíame hospedado por espacio de un mes en su cabaña cuando recorría las alturas alpinas. Su mujer, agraciada joven, conocíame también, y, por lo tanto, fui recibido con la mayor cordialidad.

«Después de tomar un apetitoso refrigerio, que no por ser de un pobre me pareció mucho menos sabroso,

comenzóse á discutir sobre los medios de conseguir nuestro objeto, ó sea de alcanzar el nido del águila dorada.

«Dos leñadores que estaban en casa de Tomerl, al llegar nosotros fueron enviados en busca de cuatro compañeros suyos, á fin de consultarlos, porque eran hombres muy entendidos en la materia.

«Precisamente era sábado, y, gracias á esto, se les encontró, justamente cuando iban á emprender una excursión algo lejana.

«Al saber el objeto de mi llegada, dirigiéronse inmediatamente á la cabaña de Tomerl, y media hora después se me facilitaron todos los datos y noticias que se pudieran necesitar respecto al nido deseado; diéronme á conocer también las dificultades que la empresa ofrecía y me dijeron cómo se había hecho el descubrimiento.

«Según sus informes, hallábanse recorriendo un bosque, distante unas nueve millas de la cabaña y situado á la extremidad de un estrecho barranco de la montaña, cuando divisaron de pronto el nido en la grieta de un alto pico que por la parte del valle presentaba un tajo perpendicular de novecientos á mil pies de altura.

«A las tres de la madrugada del día siguiente ya estábamos en pie, pues debíamos emprender la marcha á las cuatro.

«La expedición se componía de los cuatro leñadores, muy satisfechos de renunciar á la que ellos habían proyectado para tomar parte en la nuestra: de Tomerl, Hansel y yo. Después de despedirse cariñosamente de su mujer, en la cual se adivinaba cierta inquietud, á pesar de su sonrisa, Tomerl se puso á la cabeza de la expedición.

«Tres horas después llegamos á la base del tajo donde estaba el nido del águila, é inmediatamente reconocí que la empresa era más aventurada de lo que yo había supuesto y que nada se podía hacer por aquel lado del pico.

«A decir verdad, el precipicio parecía no solamente perpendicular, sino inclinado hacia adelante en su parte superior, y esta opinión se confirmó por el hecho de haberse hallado junto á la base numerosos restos ennegrecidos de hoguera que, sin duda, encendieron bajo el resguardo de las rocas algunos leñadores ó caminantes.

«Trazando un circuito de considerable extensión, llegamos, por fin, á la cima del pico, y dejando en el suelo nuestra carga comenzamos á reconocer el terreno, lo cual fué preciso hacer arrastrándonos para mirar fuera de la roca en cuanto fuese posible.

«Grande fué nuestro desaliento al ver á unos ochenta pies bajo nosotros una estrecha saliente de roca que no habíamos observado al mirar desde abajo, y la cual se proyectaba desde la pared del precipicio, ocultando á la vista la grieta en que, sin duda, se hallaba el nido.

«Después de consultarnos breve rato se resolvió bajar hasta aquella saliente, tomándola por base de nuestros futuros movimientos, en vez de operar, como lo habíamos proyectado en un principio, desde la cima

de la roca, que, á no mediar aquel obstáculo, nos ofrecía muchas más facilidades para maniobrar.

»Dejando á uno de los hombres en la cresta del pico para que hiciese bajar el pesado cable, de media pulgada de grueso, al que se había atado una cuerda, bajamos uno por uno hasta la roca salediza.

»Esta saliente tenía una anchura muy variable; en algunos sitios no medía ni dos pies, y en otros alcanzaba siete ú ocho; pero en el sitio que estaba exactamente sobre la grieta, donde los hombres que empuñaban el cable debían tomar posición, la anchura no era más que de tres á cuatro pies. Esto era, sin duda, una grave dificultad, pues necesitábase suma prudencia y cautela en todos los movimientos, sin contar la desagradable impresión que producía estar al mismo borde de un abismo de ochocientos pies de profundidad, sin haber allí absolutamente nada para agarrarse, pues el tajo era liso en toda su extensión.

»Habíamos sido bajados en el mismo orden que debíamos ocupar durante las operaciones siguientes: primero pasó Hansel, después los cinco leñadores, luego yo, y, por último, Tomerl: el primero y el último iban armados de carabinas.

»Al llegar á la saliente, comenózse por sujetar un sólido gancho de hierro en la roca, en un punto que estaba á dos ó tres pies más arriba del borde; por este gancho se pasó el cable, con una extremidad pendiente sobre la roca; y para evitar el peligro de que rozara demasiado y se segase contra el agudo borde de nuestra plataforma, introdujimos un madero con algunos puntales de hierro que debían servir de polea fija. Por medio del gancho, el cable se dirigió á un lado, hacia el sitio donde los hombres le debían tirar y permanecían en fila á la distancia de tres pies uno de otro.

»Tomadas estas disposiciones, fijé mi atención en el ancho cinturón de piel, semejante á los que usan los bomberos, que debía sujetarme al cable. Ajustarme este cinto, pasar la cuerda por el fuerte anillo de hierro y anudarla bien á un sólido pedazo de madera que debía servirme de asiento fueron las operaciones en que me ocupé después.

»Esta manera de sujetarse á un cable es preferible al sistema de enlazar la cintura y las piernas, porque así quedan los movimientos más libres, y aunque me hubiera deslizado de mi asiento de madera no podía caer, porque éste impedía que la cuerda pasara por el anillo.

»Llevaba en el cinto un cuchillo de caza, en el bolsillo un revólver, en la mano una gruesa y larga pértiga, chapeada de hierro en una extremidad, y provisto en la otra de un fuerte gancho que habíamos forjado la noche anterior en la cabaña de Tomerl.

»Los cinco leñadores agarraron la cuerda, mientras que dos de mis compañeros, tendidos boca abajo, comenzaron á desempeñar sus funciones, como mis ángeles guardianes, preparando sus carabinas, por si acaso las águilas grandes me atacaban mientras yo cometía la expoliación. En caso de apuro, mi vida dependía de su acierto en el tiro, así como también de los brazos musculosos de los cinco leñadores.

»Empuñando mi pértiga, apoyéla contra la pared

para tomar impulso, y esto me lanzó en el espacio. Aunque no era la primera vez que había estado en semejante posición, la prodigiosa altura en que me hallaba me produjo una excitación nerviosa durante un momento; pero á los cinco minutos se me pasó, y hasta cierto punto complacióme aquella nueva posición en que, pendiente de un cable poco más grueso que el dedo de un hombre, veíame suspendido sobre un abismo de cerca de mil pies de profundidad. La sensación de semejante peligro seduce á veces el espíritu de los hombres acostumbrados á recorrer los escabrosos Alpes y escalar las montañas.

»El descenso no duró más de diez á quince minutos, y cuando llegué frente á la grieta, donde la existencia del nido se indicaba muy bien por una masa de ramaje seco y restos de toda especie diseminados allí, avisé por la cuerda de señales para que no me bajarán más.

»A causa de proyectarse tanto la saliente de roca donde estaban mis compañeros y por la forma especial de todo el precipicio, separábame del lugar deseado una distancia de diez ó doce pies; pero, gracias á mi pértiga, cuyo gancho encajó en una piedra, esta dificultad quedó pronto vencida.

»Al principio, la barrera de ramaje seco, cuyos intersticios estaban rellenos de musgo, impidióme ver cosa alguna. Con mucha cautela trepé por un espacio inclinado de la roca que conducía al nido, y levantando la cabeza poco á poco, mientras que con la mano derecha me protegía la cara, temeroso de un ataque del ave, escudriñé el sitio con la mirada.

»Fácil es imaginar cuál sería mi sorpresa y placer al ver que en vez de una joven águila había dos.

»Algunos agudos gritos y varios silbidos siniestros saludaron mi inesperada presencia. Agitando inútilmente sus enormes alas, mientras que sus ojos fijaban en mí una mirada salvaje, las águilas abrieron sus picos, muy ganchudos en la extremidad, cuya dimensión era ya algo alarmante, indicando que estaban dispuestas á defenderse.

»Entonces desdoblé un saco de lona que llevaba á prevención y cubrí con él á uno de mis jóvenes prisioneros, sujetando después sus patas mientras forcejeaba para desprenderse; después retiré el saco y sujeté las alas y el pico con un cordel, volviendo á introducir el ave en su prisión. Aunque el saco era grande, quedó completamente lleno, y por lo tanto no debía pensar en poner la otra águila en el mismo receptáculo.

»Como es caso raro encontrar dos de estas aves jóvenes en un mismo nido, solamente quise llevar un saco; pero ahora dolíame no coger las dos y pensé en los medios de conseguirlo.

Después de algunas inútiles tentativas para apoderarme del segundo prisionero, al fin pude echarle encima mi casaca y sujetar sus patas con un nudo corredizo, hecho lo cual fué fácil impedirle que me hiciera daño.

»El saco que contenía una de las águilas quedó sujeto á la cuerda de señales junto á mí, y resolví llevar la otra en la mano, no debiendo temer que me molestara si la cuerda tenía bastante fuerza para resistir á los vigorosos esfuerzos del ave.

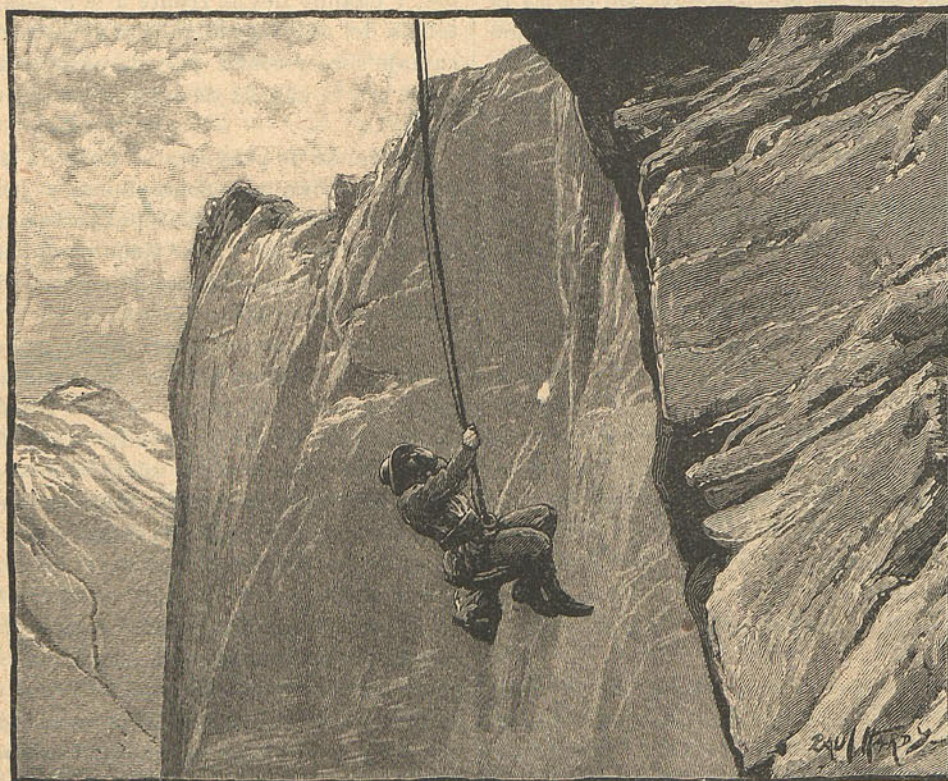
»Mucho me alegré de poder alejarme pronto del nido después de conseguir el objeto de la expedición, pues el hedor que exhalaban los restos putrefactos diseminados allí y en las rocas adyacentes era insoportable y suficiente para trastornar sentidos más delicados que los de un ave de rapiña. Aquellos restos, que tuve la curiosidad de examinar, consistían en huesos de una gamuza pequeña, tres pares de cuernos de la misma especie de animal, con algunos vestigios de carne, el esqueleto de una cabra completamente limpio, restos de una liebre de los Alpes y la cabeza y cuello de un cervatillo.

»Volviendo á ocupar mi asiento, y después de fijar el

que mis pies tocarían contra la pared, único medio de salvarme.

»El movimiento retrógrado del péndulo, al que mi peso aplicaba la velocidad, establecióse, al fin, y al cabo de un segundo víme salvado, porque mis pies chocaban contra la roca, siendo de advertir que yo llevaba unos pesados zapatos guarnecidos de hierro: de otro modo no hubiera podido resistir el golpe. La única enojosa consecuencia del contacto con la roca fué una especie de sensación de parálisis en las piernas, en la espalda y en los pulmones.

»Inútil me parece decir cuanto me alegré de no haber hecho caso de mis compañeros, que me aconsejaron



EL ÁGUILA DORADA.—El descenso

gancho de mi pértiga en su sitio, dí la señal para que me izaran. Llevaba un águila en mi mano izquierda, y con la derecha traté de balancearme fuera hasta que llegase á la posición perpendicular.

»Según se verá por lo que sigue, había contado sin la huésped. El primer tirón de la cuerda por mis compañeros, á unos 200 pies sobre mi cabeza, que contrariamente á mis instrucciones fué demasiado vigoroso, hizo soltar de mis manos la pértiga, que fué á parar al fondo del precipicio, impulsándome á mí demasiado afuera; de modo que mi posición, como ya se comprenderá, fué en aquel momento sumamente peligrosa. La velocidad del movimiento retrógrado me impulsaría con terrible fuerza contra la pared de roca, y sólo quedaba un medio de salvarme, aunque muy dudoso. Afortunadamente, mi presencia de ánimo no me abandonó en aquel crítico momento, y me aferré á la única probabilidad de salvar la vida. Desviando la parte superior de mi cuerpo hacia atrás y colocando las piernas hacia adelante, esperé el temible choque, confiando en

quitarme los zapatos y las medias á fin de trepar mejor, lo cual parecía indispensable para llegar al nido.

»Todavía es un misterio para mí la razón de no haber seguido yo tal consejo, pues otras muchas veces no había procedido así; pero no intentaré buscar la solución: baste decir que aquella casualidad me salvó la vida.

»Mientras sucedía todo esto, observé que algún objeto oscuro pasaba rápidamente junto á mí, tan cerca, que pude sentir la presión del aire, oyendo un estrépito extraño, como el de un cuerpo que cae desde una grande altura. Creyendo que era una piedra, no hice caso, tanto más cuanto que me llamaba más la atención una aguda punzada en el muslo: el águila que llevaba debajo del brazo, aunque con el pico sujeto con mi pañuelo, acababa de inferirme una herida. Acto continuo me apliqué un poco de pólvora, lo cual me produjo un fuerte dolor, y entonces observé que en vez de ascender me hallaba estacionario.

»Parece que el objeto que pasó junto á mí algunos

minutos antes era el bloque sobre el cual pasaba la cuerda y que tenía una importancia vital para mi seguridad. Por supuesto, no lo supe hasta después, y de consiguiente mi ansiedad era de cada vez mayor. Transcurrieron una hora y otra, y yo continuaba en la misma posición.

»La roca que se proyectaba á pocos pies sobre mi cabeza impedíame ver la saliente, y al preguntar á gritos cuál era la causa de la dilación llegaban confusamente á mis oídos las respuestas: —Paciencia: se ha de esperar.

»Semejantes contestaciones me habrían consolado tal vez si la Naturaleza, para refrescarme, sin duda,

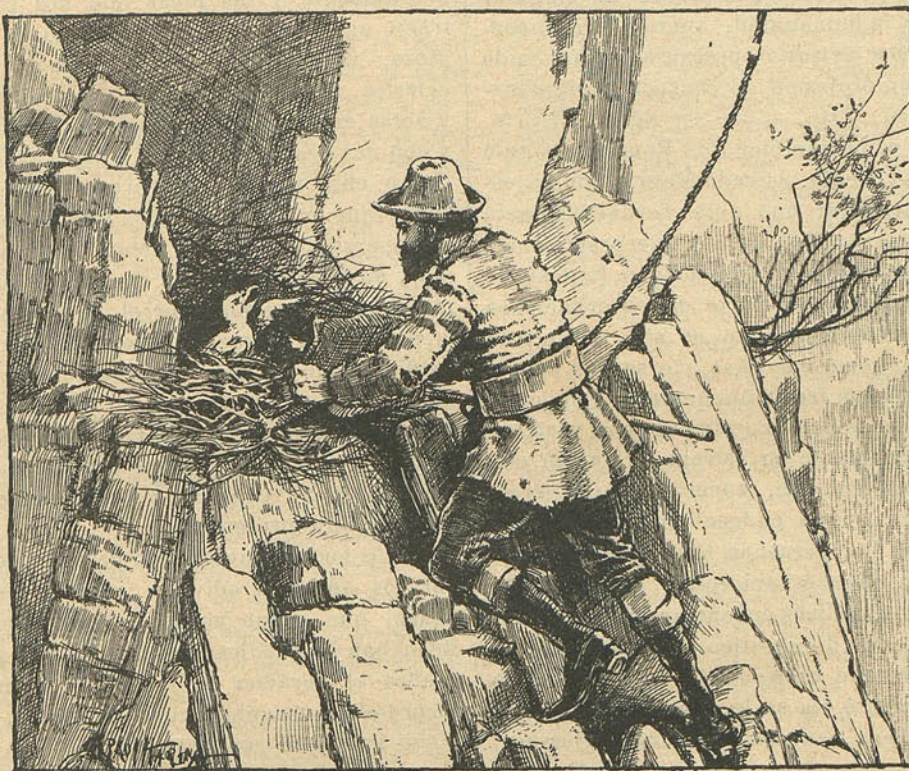
conocido casos en que el águila cayó herida en el instante del encuentro.

»Por fortuna no me ví sometido á semejante prueba. Las águilas estaban, sin duda, lejos aquel día, trazando majestuosamente círculos en algún lejano valle ó desfiladero.

»Había pasado ya la tempestad y oscureciase el cielo, cuando sentí que tiraban de la cuerda y que volvía á subir.

»El cable fué izado por el hombre que estaba en la cima, y después de haberse sujetado á un tronco volvimos á subir todos.

»Parece que al ocurrir el accidente que ocasionó la



EL ÁGUILA DORADA.— En vez de una joven águila había dos

haciendo más ridícula mi posición, no me hubiera enviado un chubasco, ó más bien una de esas cortas pero terribles tempestades que á menudo estallan en las regiones alpinas durante el verano.

»Lo que aumentaba el peligro, así como lo absurdo de mi posición, era la probabilidad de que una de las grandes águilas, ó las dos, volvieran en aquel momento, en circunstancias en que la lucha, en caso de haberla, sería muy desigual.

»Aun suponiendo que mis guardianes se hallasen en su puesto, dada la distancia á que estaban, sus tiros no podían ser seguros, y la táctica del águila dorada es tal cuando defiende su vivienda, que no permite más de una tentativa. De repente se ve un punto oscuro en el horizonte, y un momento después la poderosa ave cae sobre su enemigo de un solo golpe; de un solo aletazo le basta para aturdir á su víctima; con sus temibles garras ábrele el pecho, y después fractúrale el cráneo con su tremendo pico. No obstante, se han

caído del bloque al fondo del abismo, los hombres ocupados en izarme no quisieron, por temor de que la cuerda, no protegida ya, rozase contra el borde agudo de la piedra, poniendo así mi vida en peligro. En su consecuencia, manifestaron lo que pasaba al hombre situado en la cima, que inmediatamente fué á buscar otro madero.

»Al llegar á la base del pico cortó el tronco de un árbol joven y lo arregló como el primero; pero cuando volví á la cumbre, la tempestad estalló, partiendo de las nubes un rayo que agrietó una roca enorme cerca de mi compañero. Este último no recibió lesión alguna, pero cayó aturdido en tierra, y pasó mucho tiempo antes de que se repusiese y pudiera continuar su ascensión.

»¿Qué habría sido de nosotros, y en particular de mí, si el hombre hubiese muerto por el rayo? Difícil es decirlo, pero tal vez hubiéramos muerto de hambre. La vivienda más próxima, excepto la cabaña de To-

merl, distaba ocho ó nueve horas desde Falknerwand, y como la mujer del leñador no conocía la dirección que habíamos seguido, pocas probabilidades quedaban de que nos encontrase; tan pocas, que mis compañeros palidecieron cuando les hice esta observación, comprendiendo que la aventura hubiera podido tener un fatal desenlace.»

BREVE NOTICIA SOBRE EL EMPLEO DE LOS SUEÑOS

como medio adivinatorio en la antigüedad
y la edad media

Siempre han sido los sueños origen de singular preocupación para la humanidad, queriéndose encontrar en ellos ciertos avisos ó presagios y habiendo hombres que hacían profesión de conocer el significado que encerraban. Esto se vió en Egipto, Asiria, Judea y Grecia, como también en Roma, y siguió viéndose en la edad media. Alfredo Maury, que ha escrito sobre este particular una obra verdaderamente admirable, dice á tal propósito: «Las interpretaciones, de naturaleza ordinariamente arbitraria ó fantástica, reposaban, sin embargo, en parte en observaciones exactas y en coincidencias que no son puramente quiméricas. Las imágenes extrañas que se nos aparecen durante el sueño son frecuentemente el reflejo de las sensaciones internas que experimentamos y se encuentran consiguientemente en estrecha relación con la salud ó la enfermedad. Así, tenemos que las personas sujetas á dieta ó que padecen hambre sueñan comidas deliciosas; las personas que observan una continencia forzosa abrazos amorosos, etc. Por este medio han podido los médicos encontrar en los sueños un precioso elemento de diagnóstico. Arnaldo de Villanova soñó una noche que un perro le había mordido en un pie, y al siguiente día se le desarrolló en dicha extremidad una úlcera cancerosa. Conrado Gessner, el célebre é ilustre naturalista, creyó en sueños que le mordían en el seno derecho, de lo cual dedujo que tenía en esta región alguna lesión profunda, y, efectivamente, pocos días después se le declaró allí un ántrax, del cual sucumbió aquel eminente sabio.

»Hipócrates, Aristóteles, Galeno y otros han reconocido que no dejaba de tener cierta utilidad interrogar los sueños del enfermo, puesto que no solamente son ellos un verdadero espejo del estado fisiológico ó patológico de la economía, sino que revelan la disposición de espíritu del durmiente; denuncian los pensamientos que le han preocupado durante la vigilia, aun aquellos cuya huella se ha borrado de su espíritu, y hacen surgir ideas que se encontraban, por decirlo así, en estado latente, y por esto hay personas que han compuesto, durmiendo, versos, discursos, música y hasta han hecho descubrimientos científicos. (Longet, *Tratado de Fisiología*, t. I, parte II, pág. 418). No estando durante el sueño distraída la atención por las percepciones exteriores, adquiere la facultad de la memoria una intensidad extraordinaria, ó, para hablar con mayor exactitud, la reminiscencia se verifica con un grado de vivacidad que no se observa durante la

vigilia, de suerte que hechos y cosas que creíamos haber olvidado enteramente, ó cuya noción no conservábamos siquiera, se ofrecen de repente á nuestro espíritu, cuando dormimos, con el carácter de una inspiración. De ahí el origen divino ó sobrenatural que se ha atribuido á los sueños, y de ahí el carácter profético que toda la antigüedad les suponía.»

Hay otra circunstancia, sin embargo, que ha contribuido á que se propagara universalmente tan falsa creencia, y es que durante el sueño parece como que nuestra personalidad se desdobra y que las impresiones que se experimentan sean extrañas al *yo* real y verdadero y sólo obren y tengan que ver con el *segundo yo*, á quien se endilgan las palabras pronunciadas mentalmente y las ideas que nos preocupan ó nos traen agitados. «Bajo el imperio de un temor religioso,—dice Maury,—de la creencia en los espíritus celestes, vémosles en sueños y achacámosles discursos y actos en armonía con nuestras propias convicciones y con nuestras aprensiones ó esperanzas.»

Lo cual explica esos presentimientos que se han registrado en la historia con una curiosidad mezclada de superstición, tal, por ejemplo, el sueño de Calpurnia y en nuestros mismos tiempos el funesto sueño del malogrado Armando Carrel, representándosele vivamente el acto de caer atravesado por una bala de Girardin, como así fué, desgraciadamente, y es que la inquietud ó el deseo, que no se habían pronunciado bien durante la vigilia, cobran en sueños una vivacidad mayor y se traducen por visiones que se han encontrado á veces en conformidad con la realidad naturalmente presentida.

Estos hechos habían sido perfectamente observados por los antiguos adivinos, aunque sin descubrir su causa, que, como vemos, es puramente fisiológica. Buscaban los medios más apropiados para dar á los sueños el carácter de lucidez y de inspiración que sorprende ó espanta á nuestro espíritu, y haciendo que dicho sueño se realizara en lugar á propósito y en circunstancias determinadas, provocaban ciertas sensaciones, mediante las cuales surgían aquellas visiones, sueños ó intuiciones que asombraban luego por su carácter aparentemente sobrenatural. Los medios más eficaces para suscitar un sueño en determinado sentido eran las impresiones que durante el día habían más poderosamente herido la imaginación, y, además de esto, la ingestión de ciertas sustancias en el estómago, la aspiración de ciertos vapores narcóticos y aun la acción de ciertas pomadas ó *untos*, como decía Cervantes en el admirable *Coloquio de los perros*, trozo que no será nunca bastante ensalzado como expresión del elevadísimo talento y despreocupación de su inmortal autor.

A tales procedimientos recurrían, pues, los sacerdotes encargados de pronunciar los oráculos durante el sueño, á cuyo efecto elegían ora tenebrosas grutas, como el *antro de Trofonio*, ora ciertos parajes de donde se exhalaban vapores sulfurosos, de ácido carbónico ú otros, y á los cuales su aspecto horrendo había valido el nombre de *puertas del infierno*, de *charonium* ó de *plutonium*, linaje de cavernas que ha popularizado Meyerbeer en el incomparable acto tercero de *Ro-*

berto el Diablo. Parece ser que abundaban mucho esos antros en Grecia y en Asia Menor, cosa natural desde el momento en que cada uno de ellos tenía su origen un manantial de aguas termales.

Cuenta Maury que á fines del siglo v de nuestra era existía cerca del templo ya derruido de Cibeles, en Hierópolis de Frigia, una de esas cavernas infernales, á la cual el filósofo Damascio, fiel aun á las viejas creencias de su patria, quiso bajar juntamente con otro compañero, á pesar del peligro que se decía había en ello. Damascio, empero, salió sano y salvo de su expedición; pero apenas de nuevo estuvo en tierra, cuando quedó profundamente dormido, soñando, según dijo, que era Atys, el dios frigio amante de Cibeles, y que asistía á las hilarias ó fiestas celebradas en honor de dicho dios. «Nadie dudará,—dice el autor antes citado,—que este sueño no haya sido provocado por el gas que había respirado Damascio. Entrado en el *charonium* con la mente toda llena del pensamiento en la veneranda diosa é imbuído de la mayor fe en el culto, debió, en el sueño que resultó de la acción del gas, evocar la época echada de menos, en que Cibeles recibía aún piadosas adoraciones: su sueño fué el reflejo de sus pensamientos. Los *gallas*, ó sacerdotes de Cibeles, que en otros tiempos eran los únicos autorizados á bajar al antro, procurábanse á voluntad, respirando el gas, accesos de furor entusiasta, en los cuales se creían inspirados por la diosa.»

En otros *charonium*, esas exhalaciones gaseosas determinaban accesos de delirio ó alucinaciones que eran interpretadas, naturalmente, como comunicaciones divinas: esto era lo que pasaba, por ejemplo, en Delfos, en Lebadea y en aquellas grutas donde se decía que estaban ocultas las ninfas, por lo cual se atribuía á éstas el delirio de que se sentían poseídos los visitantes. Había también en Etiopía, según dice Oríbasio, una fuente que ocasionaba un violento delirio á los que bebían de sus aguas.

Otra manera que tenían los sacerdotes de provocar sueños y visiones en los que servían para consultar los oráculos era el someterles, previo un prolongado ayuno, al uso de ciertos brebajes narcóticos y pociones estupefacientes, convenientemente administrados. Esto sucedía, por ejemplo, con las pitonisas de Delfos, cuyas pretendidas revelaciones eran tan sólo alucinaciones y sueños provocados por un largo ayuno, debiendo igualmente ayunar los que iban á consultar al oráculo de Anfírao ó al que se decía haber en el *charonium* de Nyssa. Ya Galeno había notado que cuando se sueña estando en ayunas, los sueños son más claros. Sábese también que los indios *schawins* ayunaban para tener sueños proféticos, y á esto mismo es probable fuesen debidas también aquellas innumerables visiones y apariciones que ocurrían en las antiguas novenas en que se prescribía el ayuno.

Compréndese fácilmente, pues, según observa el autor ya citado, el crédito de que gozarían por largo tiempo los oráculos ante los cuales se practicaba lo que se llamaba la *incubación*. Las visiones que tenían los enfermos, y en las cuales se les aparecían las divinidades médicas, parecían pruebas evidentes del origen sobrenatural y divino de esos oráculos. Las cura-

ciones milagrosas que se operaban venían á confirmar esta creencia y se verificaban verdaderas peregrinaciones á los templos de Esculapio, de Isis y de Serapis, divinidades todas que era fama se comunicaban en sueños con sus adoradores. Los que iban á interrogar á Serapis en su templo de Canope dormían allí por la noche para que el dios se les revelase durante su sueño: práctica á que recurrieron también los amigos de Alejandro cuando la enfermedad de que murió. «Los que van á consultar en sueños á la diosa Isis,—escribe Diodoro de Sicilia,—recobran la salud contra todos los cálculos. Muchos, cuya curación era considerada por los médicos como desesperada, á causa de la dificultad del tratamiento de la dolencia, han sido salvados de esta suerte, y otros que habían quedado privados de repente del uso de la vista ó de cualquier otra parte del cuerpo, refugiándose, por decirlo así, en brazos de la diosa, fueron devueltos al goce de sus facultades». Muchas inscripciones de la época dan fe de semejantes curaciones, y no sólo respecto á Isis, sino también respecto de Esculapio y de Serapis. Lo mismo ocurría en Lebedos con el dios Sotero, en Cerdeña y en Laconia, gracias á la diosa Ino; en el Quersoneso por intercesión de Hemithea, en Nyssa, en el templo de Esculapio en Tihorea, etc. Como se ve, la cosa no es de hoy. Ahora bien: sabido es, como dice nuestro autor, cuánta influencia ejerce la imaginación en el curso de ciertas enfermedades, especialmente las nerviosas. «Una impresión profunda, súbita, determina á menudo una perturbación que puede dar por resultado los más felices ó bien los más desgraciados efectos, y es incontestable que bajo el imperio de una fe viva, así en los dioses como en los santos, se han obtenido curaciones que la medicina había sido impotente para alcanzar. Esas curaciones, reputadas como milagrosas, obteníanse en los templos donde se practicaba la incubación, gracias á la convicción profunda del enfermo de que curaba por la virtud del remedio con que había soñado, y en cuya eficacia la fe debía entrar por mucho. Un ejemplo de ello nos facilitan los escritos de Elío Aristides: éste retórico, cuya ferviente devoción á las divinidades médicas ocupó casi toda su vida, obtenía, consultándolas incesantemente, remedios á sus males, siendo de ello vivo testimonio. Sabido es, por otra parte, que los enfermos tienen á veces un instintivo sentimiento de la medicación que más les convendría, y este sentimiento se revelaba en Elío Aristides por las palabras que en sueños atribuía á las divinidades que su imaginación hacía intervenir.

»El cristianismo no podía desarraigar fácilmente un género de adivinación que llevaba consigo tantos beneficios (la incubación se practicaba todavía en el siglo iv en el templo de Esculapio, en Epidauro) y cuya realidad parecía confirmada por tan sorprendentes curaciones, y así, en vista de la imposibilidad de alcanzarlo, cambió los nombres, y los santos vinieron á anunciar á los enfermos los remedios que antes les habían revelado los dioses.

»La Iglesia, por otra parte, no había rechazado en absoluto la adivinación por medio de los sueños, sino que los admitía en tanto tuviesen el carácter de una

inspiración divina. En las vidas de los santos háblase de una porción de sueños considerados como milagrosos. Un obispo cristiano, San Sinesio, aunque á la verdad con el espíritu imbuído de las doctrinas alejandrinas, había compuesto en el siglo V un *Tratado sobre la adivinación por los sueños*, que escribió una noche encontrándose en una especie de *coma vigil*, cual tratado envió á la célebre Hipatia. También Alberto Magno creía en este linaje de adivinación, por más que reconociera que la mayor parte de los sueños son vanas apariencias, y hasta aun hoy en día podrían citarse



Diego Ramírez se abrió paso entre los grupos

muy buenos cristianos que han creído en el sentido profético de los sueños.

»Hay una clase de ellos que toman, sobre todo en tiempos de ignorancia, un carácter maravilloso, y son las imágenes fugitivas, extrañas y á veces horripilantes que se presentan á nuestros ojos, cerrados ó medio entornados, cuando el sueño nos vence. Cualquiera puede figurarse cuánto no deberían sorprender esas imágenes á las gentes crédulas ó poco ilustradas. Los diablos, los espíritus, los ángeles, desempeñaban, naturalmente, un importante papel en ella, desde el momento en que las cabezas de las tales gentes no estaban llenas de otra cosa. Semejante fenómeno puede explicar también el gran número de apariciones en que abundan las hagiografías y los libros de magia. Las crónicas y los libros místicos rebosan asimismo en relatos de hechos que se refieren manifestamente

al mismo género de visiones, para los cuales basta consultar la *Vida de los Padres del desierto* (1). En lo que Ibn-Khaldoun nos dice á propósito de los sueños particulares de los profetas cuando, encontrándose aún en estado de éxtasis, entran gradualmente en el dominio de las sensaciones corporales, reconócese fenómenos del mismo orden que las alucinaciones hipnagógicas. Según dicho autor, las percepciones recuerdan enteramente en este caso las que se experimentan durante el sueño, pero son un sueño inferior.

»Las pesadillas, los sueños que espejean todavía delante de los ojos en el momento de despertar, facilitan también á la credulidad popular abundante alimento. El durmiente se imagina estar atormentándole algún espíritu, ó se siente oprimido por los impuros abrazos de algún demonio incubo ó súcubo. El origen de esta creencia se explica por el hecho de que cualquier sensación voluptuosa experimentada en sueños va acompañada casi siempre de un sentimiento desagradable. Por lo demás, sabido es que se daba el nombre de *súcubo* al diablo que se unía carnalmente al hombre, y el de *incubo* cuando en la pesadilla parece que va á ahogarle con el peso de su cuerpo.

»Esta creencia en un comercio carnal con los demonios reinó durante toda la antigüedad y la heredaron á su vez los cristianos. El hombre que había sido presa de uno de esos sueños fatigosos y lúbricos imaginábase al despertar que veía huir al diablo que le había atormentado durante el sueño. Vuelto ya en sí, suponía haberse transportado realmente á los lugares que le pintaba la imaginación, haber conversado con ángeles ó demonios, según el caso, y todas las antiguas supersticiones de que las nuevas enseñanzas hubieran debido desengañarle y libertarle reaparecían en su espíritu como esos sueños de la infancia y esos pavores de la primera edad que se apoderan de nosotros y reviven durante el sueño. Cuando dormimos, estando ausente la voluntad, danse libre carrera los sentimientos instintivos y las naturales tendencias; no nos dominamos: nos dejamos llevar de todas las inspiraciones que nacen del movimiento automático y en algún modo espasmódico del cerebro, y las ideas que esas impresiones suscitan, los actos imaginarios que determinan, son precisamente los que cumpliríamos por el solo impulso de los sentidos, del carácter y de las costumbres innatas ó adquiridas, si la reflexión y mil consideraciones que nos escapan en sueños no nos retuviesen.» (2)

Resulta, pues, que el hombre que está soñando se halla colocado bajo la dependencia inmediata de la Naturaleza, cuyas influencias refleja más fielmente que en estado de vigilia. De ahí el carácter intuitivo y fantástico que reviste á la vez el sueño; el durmiente vive en la ilusión, pero estas ilusiones son la representación exacta de las modificaciones que se operan en

(1) Nos permitiremos aquí recomendar al lector, como el más admirable estudio sobre el particular, *Las tentaciones de San Antonio Abad*, por el gran Gustavo Flaubert.

(2) Basado en igual orden de ideas, escribió el eminente escritor y no menos distinguido marino, el comandante Henri Rivière, muerto en el Tonkin, una novela, ó, por mejor decir, estudio psicológico lleno del más dramático interés, *El asesino de Albertina Renouf*, digno de ser conocido por los amantes de esta clase de cuestiones.

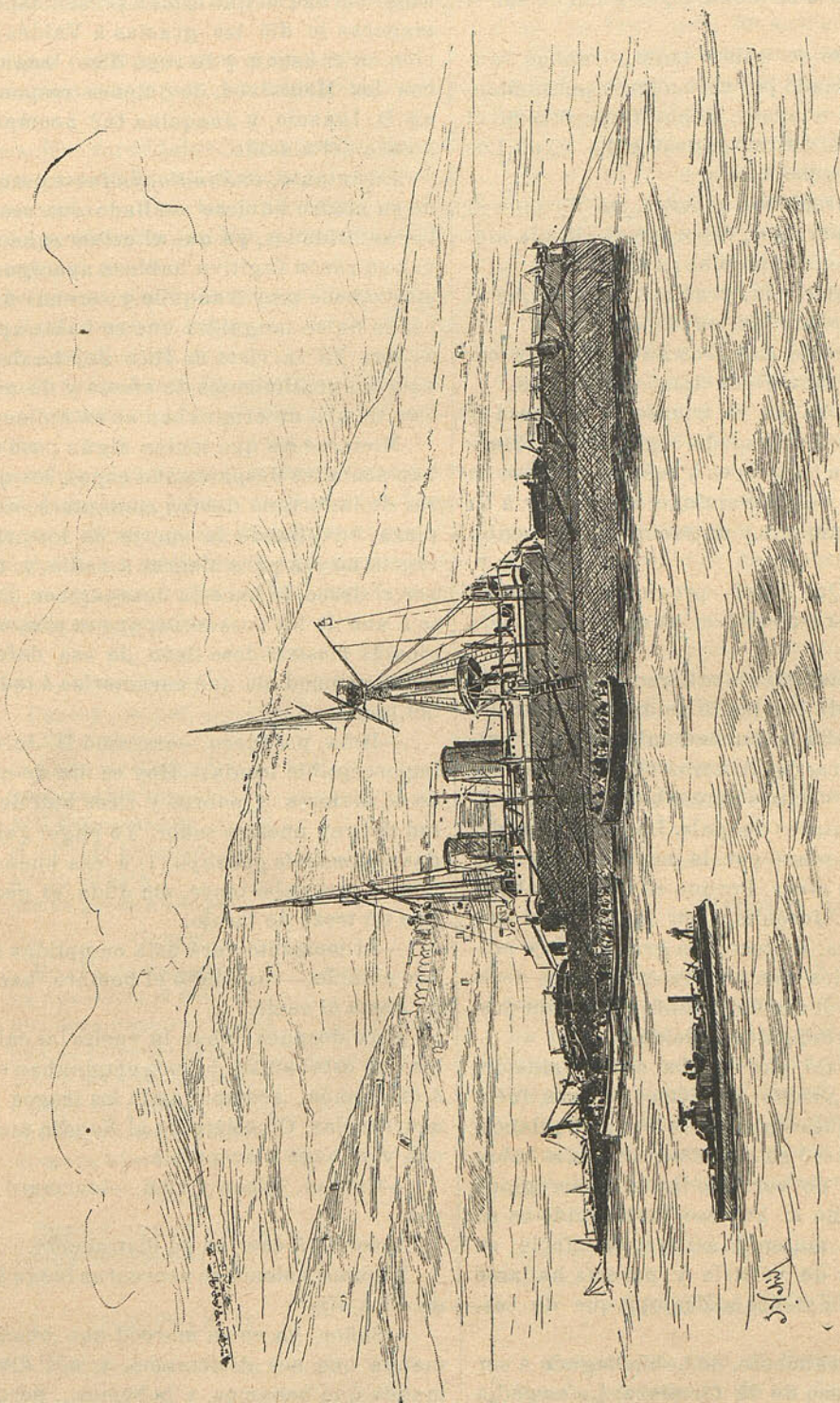
su cerebro y en toda la economía en general, y como muchas de ellas pueden referirse á estados morbosos y á perversiones de los sentidos, de ahí que entran en la clase de las alucinaciones propiamente dichas, en las que nos ocuparemos algo más adelante.

L. C.

te las manos. Viólo Diego Ramírez y se sonrió de una manera significativa.

—¡Hijos míos!—exclamó.—Aprovechaos de la hora presente: quereos mucho. ¡Quién sabe si llegaremos á mañana!

—Sí: tienes razón, Ramírez,—contestó el joven.—



El acorazado *Howe*, varado en la ría del Ferrol (según fotografía)

GUERRA A MUERTE

EPISODIO HISTÓRICO

SEGUNDA PARTE.—LOS INSURRECTOS

(Continuación)

En medio del tropel encontráronse Pérez de Jáuregui y Mariana Bustamante, estrechándose cordialmen-

Tan incierto es el porvenir como la nube que está flotando sobre la cumbre: deshácela el primer rayo del sol y nada queda de ella.

—Siempre te quedará mi amor,—exclamó Mariana.—Jamás habrá poder bastante para borrarlo de mi corazón.

—Pueden amarse libremente los pájaros en el aire, los jaguares en su guarida, y nosotros, hijos de este

país fecundado con nuestro trabajo, no tenemos derecho á levantar la frente ante nuestras futuras esposas. Espíannos nuestros verdugos como la negra araña espía á la mosca que quiere devorar. ¡Sabe Dios si el día de nuestras bodas no se tornará un día de luto!

—Pérez, Pérez,—repuso Mariana, con voz conmovida;—desecha esas tristes ideas. ¿Qué sería de mí si tú murieses?

—Por lo mismo que te quiero tanto,—replicó Jáuregui,—me siento acosado por esos negros pensamientos; por lo mismo que te adoro, siento retorcerse el corazón al pensar en el destino que nos cabe. ¡No! ¡Los esclavos no tienen derecho á amar!

—Pero ¿no te he prometido esperar, sin término ni plazo, Jáuregui? ¡Esperemos, esperemos! ¡Ríe la alegre aurora después de las tinieblas de la noche!

—¡Gracias, Mariana mía, gracias! Quieres que te conduzca al altar en plena luz, en plena libertad.

—Nunca serás vencida mientras alienten tales corazones, ¡oh libertad santa!—exclamó el vaquero.

Y lleno de esperanza en el triunfo de la causa á cuya devoción estaba hacía medio siglo, Diego Ramírez se abrió paso entre los grupos y fué á mezclarse en un corro, en el que se veía á Santiago Maugrin y á su hijo, á Jerónimo Bustamante y un cacique de una tribu caribe vecina.

—¡Hola, Diego! ¿Qué hay?—preguntó el alcalde.

—Todavía nada,—respondió el vaquero, haciendo una señal de silencio.

El alcalde y sus compañeros salieron luego á la plaza, donde, sobreexcitada por las libaciones del chibcha y del anisado, empezaba la muchedumbre á meter ruido. Tañían sus guitarras los llaneros con ardoroso entusiasmo, y vecinos y vecinas entonaban á voz en grito guajiras y otros cantares del país. La presencia del alcalde, advertida al punto por la concurrencia, fué saludada con ruidosos *vivas*. Porque en Puerto Cabello le querían mucho á D. Jerónimo, por lo servicial que se mostraba con todos, no costando gran trabajo adivinar que era uno de los más fervientes adeptos de la Independencia, y que el día del triunfo habría de desempeñar uno de los principales papeles.

No hacía mucho rato que estaba allí el alcalde, cuando se dejó ver el *Sandio*. Silencioso y triste, fué á sentarse á una mesa que estaba vacía de parroquianos, y, de codos en ella, paseó su mirada indiferente sobre la multitud. Echábase de ver que iba más arreglado que de costumbre, como si hubiese intervenido en su traje la mano de una mujer. Y así era, en efecto: su madre había cuidado de vestirle y parecía hallarse muy contenta al verle menos andrajoso que de costumbre.

La infeliz señora, realmente, no había llegado á ser encerrada en el calabozo de la fortaleza. La comedia combinada entre Valdés y Sánchez había salido á pedir de boca, de tal manera, que hacía honor á la pericia de aquel par de tunantes. Al ser conducida al fuerte, Joaquina hubo de pasar por bajo las ventanas del pabellón habitado por el general Ródenas. Valdés, que se encontraba *por casualidad* allí, se «indignó» contra las crueldades y la persecución de que era víctima la infeliz mamá del *Sandio*, é increpó terriblemente al va-

lentón, que mostrándose lleno de confusión y espanto se deshizo en excusas, jurando por sus dioses que de allí en adelante no habría de faltar jamás en lo más mínimo á los respetos debidos á la Sra. D.^a Joaquina, tan digna de veneración por todos conceptos.

Difícil sería asegurar si llegó á creerse Inés que fuese verdad lo que estaba presenciando; pero de todas maneras le dió las gracias á Valdés por su intervención en el asunto y le rogó dies tregua á su severidad con los Montalvos, de quienes respondía. Prometiéndole así D. Ignacio, y Joaquina fué acompañada de nuevo á casa del alcalde.

Entretanto, el *Sandio*, ya fuese porque la liberación de su madre hubiese acallado sus resentimientos con las autoridades, ya que el esfuerzo hecho para conservar su razón fugitiva hubiese apaciguado sus nervios, mostrábase muy tranquilo y sereno, dejándose mecer por la dulce languidez que se había apoderado de todo su ser. Ya la vista de Inés dejaba de despertar en él aquellos sentimientos de afecto y de adhesión que en otro tiempo determinaban en su ánimo.

Mientras los que tenían algún peso que gastar estaban sentados despachando copas, los que sufrían rigores de la fortuna debían contentarse con pasear por la plaza, envidiando la suerte de los primeros. La diferencia no era para alegrar á nadie, y, movido sin duda por el deseo de hacerla desaparecer, llamó Bustamante á uno de los posaderos, que se presentó ante el señor alcalde mostrándose lleno de esa deferencia hacia la gente acomodada que caracteriza á todos los posaderos del mundo.

—Hola, posadero,—exclamó D. Jerónimo, con casi imperceptible ironía.—Hoy es día de que todo el mundo se divierta, y pobres y ricos han de beber á la salud del rey nuestro señor. Yo pago: ¿eh? Sirveles sendas *totumas de guasapo* (1) á esa buena gente que nos mira y que debe tener, sin duda, el gajnate más seco que un trozo de tasajo.

—Al momento verá usía cumplidas sus órdenes, señor alcalde,—respondió el hombre, haciendo un saludo hasta el suelo.

Poco después daban la vuelta las calabazas, y todos los que estaban sin blanca empinaban el codo y bebían á discreción, acompañando los tragos con picarescas ocurrencias. Ofreciéronle al *Sandio* una copa de chibcha y se negó á aceptarla.

—Cantan, beben y ríen,—murmuró,—y son esclavos.

Y volvió á caer en su distracción.

Algunos colonos se acercaron luego al alcalde y uno de ellos dijo:

—Señor, ya ve su merced que obedecemos. Se nos manda que nos divirtamos, y nos divertimos; se nos manda que bebamos, y bebemos... porque se realicen pronto nuestras esperanzas.

—¡Bravo!—respondió D. Jerónimo.—Bebamos porque se realicen nuestras esperanzas.—Y apuró la copa que le presentaba su interlocutor.

—¿Qué hay?—añadió hablándole al oído.

(1) Una calabaza de un refresco compuesto de aguardiente, azúcar y agua.

—Nada aún,—respondió el colono.

Nublóse la frente del alcalde, pero no dejó traslucir nada de sus impresiones, y volviéndose hacia Santiago Maugrin, repuso:

—Agradeceríamos á V. que echara un brindis. Todos mis amigos y yo, estoy seguro, tenemos la seguridad de que ha de consolarnos y animarnos lo que diga usted.

El convencional cogió una copa y exclamó:

—¡Por todos vosotros y por el porvenir de vuestra hermosa patria!

Una aclamación formidable, una tempestad de aplausos acogió el brindis del francés, y para evitar la entusiasta ovación que se les preparaba juzgaron oportuno Santiago Maugrin, su hijo y Bustamante escabullirse de entre el gentío.

Aquel incidente enardeció los ánimos. Todo el mundo comenzó á deshacerse en amargas quejas respecto á la situación de los hijos del país, y aun hubo algunos imprudentes que se permitieron proferir insultos y amenazas que afortunadamente no fueron oídas por los espías de Valdés.

Y era el caso que cuanto más se había más se soltaban las lenguas. Gritábase, reíase, vociferábase. Llegó la vez de que se cantara, y excitados por el general entusiasmo, cogieron sus guitarras los llaneros y entonaron el himno compuesto, según ellos, por Pepe Antonio Páez, su jefe más popular:

CORO

Cantad, cantad, llaneros,
los llanos infinitos,
de nuestras libertades
inexpunable asilo.
Allí despreciámos
el hórrido huracán,
allí la tiranía
jamás podrá alcanzar.

CANTO

En el rojo horizonte
ha aparecido el sol,
que dora nuestros llanos
con su fulgente ardor.
Entre las altas yerbas,
debajo del palmar,
preside nuestros pasos
la santa libertad.

CORO

Cantad, cantad, llaneros,
los llanos infinitos, etc.

CAPITULO II

SIGUE LA BROMA

Con ser muy medianas la letra y la música del himno, ello es que, dada la ocasión en que se entonaba y la manera ruda y salvaje como lo cantaban los llaneros, produjo un efecto arrebatador, coreándolo la muchedumbre, confundida con los bravíos hijos del campo. Tres veces hubo que repetirlo, exaltándose más de cada vez los ánimos, mientras que de todos los pechos se escapaban frases y gritos nada tranquilizadores.

De pronto enmudecieron las guitarras y cesaron los cantos, reinando en su lugar un rumor sordo.

Era que acababan de presentarse en la Plaza Mayor D.^a Inés de Ródenas y su tía, la majestuosa D.^a Teresa. No había quien personalmente tuviese motivos de agravio contra ellas; pero, dada la exaltación de las cabezas y la disposición en que se encontraban los espíritus, no tuvo nada de extraño que, en atención á su cualidad de españolas, se viesen objeto de cierta prevención primero y que se les dirigiesen luego groseros insultos y amenazas.

Aparte de lo cual, la abundancia de las libaciones producía su efecto, determinando en los ánimos aquella insolente audacia que lleva á la provocación y á la injuria. La borrachera evocaba con exageradas proporciones los desafueros del pasado, y los beodos, ganosos de armar camorra y de causar alguna desgracia, andaban en busca de una víctima de sus sanguinarios designios. D.^a Teresa, con rápida ojeada, se hizo cargo en seguida de la grave situación en que se encontraban ella y su sobrina en medio de las turbas desenfrenadas, y, por lo mismo, decidió retirarse, pero se opuso Inés.

—Hola, amigos,—exclamó la animosa joven.—¿Por qué dejáis de cantar? ¿Os dan miedo las faldas? Pues mi tía y yo venimos aquí para compartir vuestra alegría.

Mortal silencio acogió las palabras de Inés.

—Vamos, vamos,—repuso;—siga la broma. Queremos que hoy esté contento todo el mundo. Si hay entre vosotros quienes tengan algún motivo para llorar y entristecerse que lo digan, y les socorreremos y prodigaremos nuestros consuelos.

—¿Quién consolará á los muertos?—dijo una voz.

(Se continuará)

DUELO FERROZ

Llega, sin duda, al colmo de la ferocidad esa lucha entre un caimán y un tigre, fieras horribles, si las hay. La escena está representada con verdad y fuerza admirable, no cabiendo más vigor de expresión en la manera de figurar la escena. Los dos adversarios son dignos contendientes: el tigre, con sus garras y sus colmillos; el caimán, con sus espantosas sierras de sus quijadas y sus horribles fauces, forman una pareja que hace estremecer.

NAUFRAGIO DEL "HOWE"

Presentóse ante el Ferrol la escuadra inglesa del Canal, procedente de la Coruña, el 2 de noviembre último por la mañana, pero quiso la mala suerte que el magnífico acorazado *Howe*, de 11,000 toneladas, 12 cañones y 560 tripulantes, tocara en el bajo de piedra que hay en la boca de la ría, habiendo sido inútiles todos los esfuerzos hechos desde el primer momento para sacarlo á flote. Con todo, aun se confía alcanzarlo, gracias á los grandes vapores de salvamento enviados á buscar á Inglaterra.

Al objeto de aligerar el barco, utilizóse la goleta *Concordia* para depositar en ella los proyectiles del buque varado, trasladándose á varias bateas el carbón y los víveres. Todo á disposición del almirante inglés.

El barco se halla totalmente escorado sobre la banda de estribor; la proa completamente sumergida. A pesar de haberse cerrado herméticamente las escotillas, no se pudo lograr que dejaran de anegarse los compartimientos estancos, suponiéndose que habrá grandes vías de agua en el cuerpo del buque.

Triste es tener que reconocer que se ha demostrado de una manera palmaria la carencia de auxilios que, por culpa del Gobierno, existe en el arsenal del Ferrol.

La fotografía de que está tomado nuestro dibujo y que debemos á la amabilidad de un distinguido oficial, fué sacada por los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios de la citada ciudad.

Ultimamente nos dicen del Ferrol que sigue trabajando sin interrupción en el salvamento del acorazado *Howe*.

Diez buzos se ocupan en adherir exteriormente á los agujeros que hay en el casco del busque tablones de madera y en colocar interiormente traviesas de hierro perforadas para recibir los pernios.

Se utilizan tuercas de presión continua.

También se trabaja en el achique y en la extracción de víveres y efectos, entre ellos los proyectiles de setecientos kilos, que no pudieron extraerse antes de ahora por estar debajo del agua.

La empresa confía en poner el *Howe* á flote durante el próximo plenilunio.

Es esperado el remolcador *Neptuno*, que vendrá á reforzar los trabajos de salvamento.

SUPLICIO INDIANO

El oficio de *manti* (como si dijéramos entre médico y brujo) es de los más socorridos que hay en la India, si bien no deja de tener sus quiebras.

Raro es el villorrio ó aldea que deja de tener su correspondiente *manti*. Suele vivir éste en una cabaña aislada, de ladrillo, cuyo interior se compone únicamente de dos piezas, separadas por un tabique de tablas. El mobiliario consiste, por regla general, en unas cuantas esteras, un escabel de tejo, algunas pieles de tigre y de caimán, una hamaca, unos cuantos cacharros, unos trébedes, un puchero de cobre, tinajas y redomas y luego varios cuchillos y hachas y no pocos paquetes de yerbas, bocalas con indefinibles contenidos y demás aparatos de toda oficina de alquimista.

El *manti* es por lo común hombre de edad provecta, con la cara y la cabeza rapadas, fuera de un mechón que se deja crecer en el sincipucio. La gente tiene la mayor confianza en su maravilloso poder, y los mismos médicos europeos le tratan con perfecta consideración, sabiendo que, como boticario, no tiene pero. No hay farmacéutico, en ejemplo, que pueda competir con un *manti* en punto á concienzuda escrupulosidad en las más delicadas prácticas de la profesión. El mismo

manti, que pasa por ser una especie de encarnación de Brahma á los ojos de los indígenas, no se cree rebajado al empuñar la mano de almirez para extraer el zumo de ciertas plantas medicinales, secar y moler determinadas raíces, pesar las dosis prescritas por los médicos de Europa, quebrantar ruibarbo, pulverizar magnesia, extinguir mercurio, destilar, extraer, quintesenciar. Tales menesteres, sin embargo, no quitan que el *manti*, libre de sus ocupaciones farmacéuticas, se tenga por un genio superior, en comunicación directa con Brahma. Aun se da el caso de que algún *manti* prefiera ser cabeza de ratón que cola de león, y abandonando los quehaceres farmacéuticos y la vanidad de las aldeas se vayan á vivir en lo profundo de un bosque, donde irán á buscarle, si quieren, los que necesitan de sus auxilios curativos.

El *manti*, quizás por lo mismo que ejerce grande influencia entre los ignorantes, tiene siempre un encarnizado enemigo en el *brahmín*, ó sacerdote de Brahma, convecino suyo, siendo éste, casi siempre, el que trama los complots para perderle.

Tal fué el caso de un pobre *manti* de las cercanías de Cawpore. Una serpiente cebra había mordido á la niña de un labrador, y el pobre angelito hubo de sucumbir á la mordedura, como era ya de suponer; pero un brahmín, que andaba de hacía tiempo celosísimo del desdichado *manti* del lugar, aprovechó la ocasión para acusar de la muerte á su enemigo, concitando contra él los fanatizados ánimos de aquellos ignorantes indios.

No fué menester que se esforzase mucho el brahmín para que las turbas se apoderasen del infortunado *manti*, con intención de jugarle un mal tercio. Un grupo de más de doscientos hombres, precedido de algunos tambores, arrastró al *manti* á la orilla del Ganges, por en medio de un bosque de mangles y plátanos. Iba el desgraciado brujo con las manos atadas en la espalda y la cabeza cubierta con un velo. Llegado el cortejo á la margen del río, formaron corro los indios alrededor del *manti*, que se encontraba en medio, con un hombre á cada lado. Uno de ellos, como indicaba su alto turbante, era el brahmín.

Tomó éste la palabra y dijo:

—Vamos á someter á ese acusado á la prueba del agua, para que Visnú, el conservador, haga patente su inocencia ó su culpa. Si sale bien de la prueba, todos habremos de reverenciarle y devolverle nuestra estimación; pero si no... será *balanceado*. Ya lo sabéis.

Al momento se despojó el brahmín de sus anchos pantalones, quedando sólo con taparrabos, y una vez así, entró en el agua hasta que le llegó á las caderas. A una señal suya, cuatro indios hicieron doblar las piernas al paciente, sujetándolas á la cintura, de manera que quedaba arrodillado, y en tal posición le llevaron al río, dejándole de rodillas ante el brahmín; y como el agua llegaba casi á cubrirle, tenía que sacar la cabeza fuera si quería respirar.

En esto, el otro indiano que había permanecido al lado del *manti*, cuando estaban en medio del corro, tendió un arco, en el cual colocó una flecha sin punta, y esperó.

—*Manti*,—dijo el brahmin,—comienza la prueba. Sumerge la cabeza.

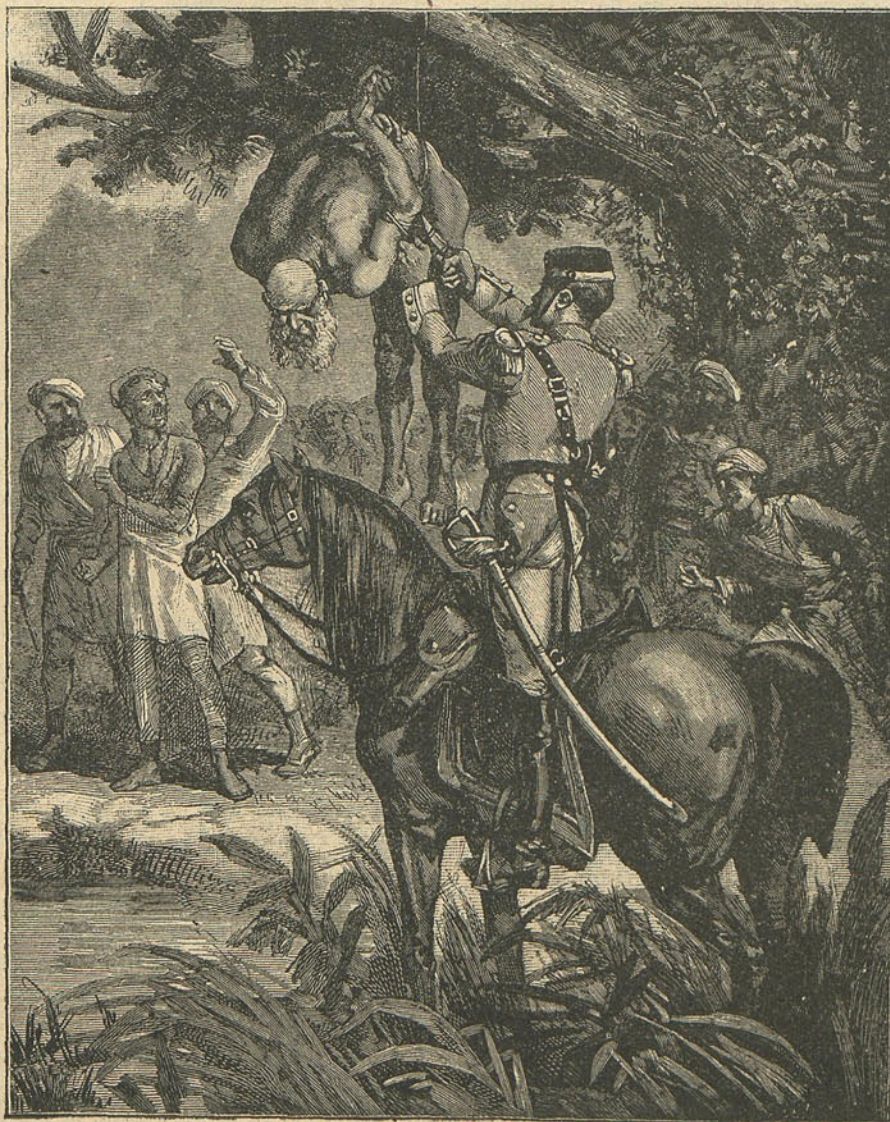
El *manti* obedeció.

Disparó entonces el arquero, y la flecha fué á parar á más de cien metros de distancia. Entonces fué á recogerla, con paso muy tranquilo, y volvió con igual pachorra; pero no había andado aún la mitad del cami-

bol. Entonces izaron al desgraciado, que permaneció en suspensión esperando el mortal balanceo.

—¿Por qué me queréis matar?—exclamaba el pobre *manti*, en medio de los horribles tormentos que le ocasionaban sus ligaduras.—¡Soy inocente! ¡Yo no he hecho mal á nadie!

—Si tus *munis* (espíritus familiares) viniesen de



SUPPLICIO INDIANO.—Cortó la sogá que le retenía en el aire

no, cuando el pobre paciente, semiasfíxiado, sacó la cabeza fuera del agua y respiró.

Un clamoreo feroz acogió la aparición de aquella cabeza. ¡La prueba había sido decisiva! ¡El *manti* era culpable y debía morir *balanceado*!

Hízose salir del agua al desventurado, y una vez en tierra le pasaron dos cordeles bajo los sobacos, después de haberle atado los codos detrás de la espalda. En seguida le pasaron un nudo corredizo alrededor del vientre, por encima de las costillas. Este nudo, bajo el peso de su cuerpo, debía matar á la víctima, comprimiéndole los intestinos. Los tres cordeles fueron atados á una sogá fuerte atada á una rama transversal de un ár-

Brahma,—respondió el brahmin,—te habrían soplado ahora en la boca para impedirte que bebieras agua; tanto más en cuanto esta agua era la del río sagrado.

—¡Has mordido á la niña de Laul Banerje!

—¡No! ¡No es verdad! ¡Os engañáis!—dijo gimiendo el misero.—¡Os juro que no fui yo! ¡Soy un hombre que no ha causado jamás el menor daño á nadie!

Pero la feroz turba no le dejó acabar y se arrojó sobre aquel pobre cuerpo suspendido de la rama, haciéndole dar un tremendo balance, que arrancó un horrible grito al martirizado.

Mas ¿qué sucede? Hé aquí que de pronto se precipita sobre los asesinos un arrogante capitán del regi-

miento de caballería indígena de Cawpore. Arrebatado por la cólera y poseído de horror, cayó como una bomba en medio de los salvajes autores de aquel asesinato infame, que huyeron á la desbandada, despavoridos ante la presencia del bizarro militar. Apresuróse éste á detener la oscilación de la cuerda, y sosteniendo con una mano al infeliz, cortó en seguida la sogá que le retenía en el aire, después de lo cual siguió haciendo lo mismo con las ligaduras, salvando así de una muerte segura y horrorosa al infeliz.

Aun quedaban por allí unos cuantos indios y el brahmín, que tuvieron la desfachatez de no moverse; pero el capitán les soltó unas cuantas amenazas, que obraron como por ensalmo para que tomaran todos las de Villadiego.

Inútil es decir cuán grande no fué la gratitud del pobre *mantí* hacia su salvador, que desde entonces tuvo en el pobre anciano el más adicto y fiel servidor.

EN LA TRAMPA DEL LOBO

La pobre mujer se había encaminado al bosque en busca de setas, fatigosa faena con que se ganaba esta triste vida, cuando de pronto siente faltar el suelo bajo sus pies, cede el ramaje y cae precipitada en lo profundo de un disimulado foso, ¡en una trampa de lobo! Y aun ¡hubiese sido ésta la única desgracia! Mas no fué así. La trampa no estaba vacía: en ella había caído poco antes un enorme lobo, que no quedó poco asombrado con la llegada de aquella inesperada compañía. Júzguese del terror de la infeliz mujer al encontrarse de manos á boca con la espantosa fiera en aquel estrecho espacio. Loca de espanto ante los amenazadores gruñidos de la alimaña y olvidada, en fuerza del mismo peligro, de las contusiones de que tenía lleno todo el cuerpo, pugnaba la pobre mujer por tener á raya á su feroz compañero de prisión, el cual, por otra parte, y dicho sea en honor á la verdad, tampoco las tenía todas consigo.

Afortunadamente, á los gritos de la mujer acudió un guardabosque, muy extrañado de aquellas voces, y asomándose al fondo de la trampa pudo descubrir lo que pasaba. Con toda presteza armó su carabina, disparó un certero tiro contra el cráneo de la fiera y pudo así salvarse la pobre recolectora de setas, que, indudablemente, pudo decir con toda razón que había nacido aquel día.

VARIEDADES

Según una estadística del ministerio de Agricultura de los Estados Unidos, el número de cerdos (con perdón sea dicho) allí existentes es de 35.000.000 ó sean nueve veces más que en la Gran Bretaña.

Los Estados del Oeste, Jowa, Illinois, Missouri, Indiana y Kentuqui son en donde se encuentran los matadores colosales que surten al mundo entero de manteca, carne salada y ahumada, jamón y tocino, hallándose sólo en Chicago unos 20 establecimientos de esta

clase, donde sólo en un año se han beneficiado y salado 5.000.000 de cerdos.

Hay mataderos en Chicago donde se pueden sacrificar 20.000 cerdos diarios.

El salchichero Armour, de Chicago, mata 1.000.000 de puercos al año, y en otros dos que posee el mismo en Milwaukee y Kausas City se benefician 800.000 más.

Este señor, que es el rey de los salchicheros, emplea 2.000 obreros en verano, y 3.500 en invierno, ganando cada uno el jornal de dos ó cuatro pesos.

Ya que hablamos de los cerdos, diremos cómo se preparan los jamones en Chicago para que resulten tan sabrosos que puedan competir con los célebres de York.

Se salan, echándolos en una disolución de azúcar y salmuera, y se ahuman, exponiéndolos al humo de una hoguera de aserrín de arce, cuyo perfume penetra en la carne, comunicándole ese sabor tan agradable que tanto gusta en los jamones americanos curados con azúcar. Terminada la preparación del jamón, se forra con una tela de algodón pintada de amarillo; pero aunque esta pintura se obtiene por medio de sencilla disolución de cromo en agua, que es del todo inofensiva, las juntas de sanidad de Francia é Inglaterra la han prohibido por temor de que se le pudiera agregar sales de plomo que no lo son.

EL POETA DE LA REINA

Bien característica es la extravagancia inglesa.

Actualmente, la corte de Inglaterra hállase trabajada por grandes luchas.

¿A propósito de qué?

Se trata de dar un sucesor á lord Tennyson, el poeta de Cámara, el poeta de la reina.

El número de candidatos crece de día en día.

No hay personaje cortesano que no recomiende á su «versificador» favorito.

El agraciado parece que será Mr. Rennel Rodd, protegido de la emperatriz viuda del emperador Federico de Prusia.

La emperatriz Federico es hija de la reina de Inglaterra; pero como también es madre del emperador de Alemania, su intervención es censurada por los patriotas ingleses y no bien vista por los patriotas alemanes.

Lo curioso del caso es que el poeta de la reina sólo tiene obligación de escribir anualmente un soneto, que no suele leer su graciosa majestad, poco aficionada á los versos.

VIAJES AÉREOS RECIENTES

A fines del pasado octubre efectuáronse en París dos ascensiones aerostáticas que no carecen de interés. Con ambas se realizaron viajes felices como prolongados. La primera tuvo lugar el día 23 de octubre, á las seis de la tarde, con un globo de 812 metros. El aeronauta se dirigió hacia el E., pasando por Chalons, Metz, Coblentza y Francfort. El descenso lo hizo en

Wallen, situado más allá del Rhin, en el Ducado de Hesse, el día 25 de octubre á las seis y treinta minutos de la mañana, cayendo una copiosa nevada. El viaje había durado, pues, treinta y seis horas y media: el más largo de cuantos se han efectuado hasta el presente.

Pocos días antes, el 19 de octubre, se había elevado el otro globo á que nos hemos referido. Ocupaban su barquilla cuatro personas, lo que suponen en el aerostato una capacidad poco común. En efecto: cubicaba 3,438 metros. La lluvia que cayó aquella tarde obligó á deferir la ascensión: ésta, empero, pudo efectuarse á las diez de la noche. El globo ascendió como un hermoso meteoro, merced al fulgor de 25 lámparas de incandescencia que iluminaban su barquilla. Tres baterías de acumuladores alimentaban este alumbrado. El aerostato, después de recorrer 450 kilómetros en diez y nueve horas, fué á anclar felizmente en términos de Marsac, cerca de Angulema.

Un periódico francés nos describe algunos datos de la misteriosa historia que podría escribirse acerca del bandidaje en Sicilia.

La Maffia es allí la explotación del que posee alguna cosa, por aquellos que nada tienen.

La clase directora de la Maffia está compuesta en su mayor parte por los bandidos armados que viven en la montaña, practicando el secuestro, el robo y algunas veces *l'abigeato*, ó sea el robo de ganados.

Una cuadrilla ordinaria está mandada por un jefe, *il capo*, que no siempre es el más inteligente, pero que está considerado como el más temerario é insolente.

El simple bandido *il gregario* le obedece, no en virtud de consideraciones estéticas ni abstractas, sino por el temor que le inspira. La cuadrilla constituye su cuartel general en cualquiera gruta escarpada y se reúne durante el verano, que es el tiempo de las excursiones de los *touristes*.

En el invierno cada bandido vuelve á su casa, donde se come su parte de botín. Regularmente *il gregario* debe todo su tiempo á la compañía. Si comete una falta, se le juzga con un verdadero aparato de justicia cumplimentándose la sentencia sin remisión.

A pesar de la energía con que se les persigue desde hace quince años, es imposible hacer desaparecer á los bandidos de aquellos países montañosos, de los cuales son dueños casi absolutos.

NOTICIAS

UNA CATASTROFE

Telegrafian de Raton (Nuevo Méjico) que se ha declarado un incendio en la mina hullera de Blosburg, quedando presos en el fondo de la misma, debajo del fuego, unos 100 mineros. Témesese que perezcan todos. En la boca de aquélla se hallan reunidas unas 300 personas pertenecientes á las familias de los infelices obreros sepultados, produciéndose escenas desgarradoras.

JUSTICIA POPULAR

Dice un telegrama de Columbus (Carolina del Norte) que un negro llamado Cornell, de quien se sospechaba ser autor del incendio de una granja que fué devorada hace pocos días por las llamas, fué sorprendido al dirigirse á aquella ciudad por un numeroso grupo de paisanos, y habiendo aquél confesado su crimen fué ahorcado inmediatamente del árbol más cercano que había en el camino y acribillado á balazos.

INCENDIO DE UN TEATRO

Telegrafian de Lincoln que un grande incendio destruyó el *Teatro Real* de aquella ciudad, quemándose todo enteramente lo que en el mismo había, excepto las paredes maestras, única cosa que ha quedado en pie. Atribúyese el accidente á la explosión de un depósito de gas comprimido. No hubo desgracias personales.

TEMPORAL

Telegrafian de Saint-Paul (Minnesota) que reina un espantoso temporal de nieve en todas las regiones del noroeste, quedando, en consecuencia, suspendido en absoluto todo el tráfico comercial.

CONSEJO DE GUERRA

De Portsmouth, que en breve se reunirá en aquella ciudad el Consejo de Guerra para juzgar á la tripulación del navío acorazado *Howe*, embarrancado recientemente cerca del Ferrol.

MONUMENTO

La Sociedad Imperial de Geografía de Rusia ha levantado en los jardines de Alejandro, en Petersburgo, un monumento á la memoria del famoso explorador Prjevalski, que murió en octubre de 1888, víctima de su amor á la ciencia, allá en el Asia Central.

El monumento es originalísimo; no consiste en una estatua, como las que tan de moda se encuentran en otros puntos de Europa. Los geógrafos rusos han querido hacer algo más nuevo. El busto de Prjevalski se halla colocado en lo alto de una peña enorme, al pie de la cual se ve tendido un camello de bronce, de tamaño natural.

Un millonario americano, imitando las fastuosidades romanas al final de un banquete que dió, hizo circular en torno de la mesa pequeños carros de plata arrastrados por cisnes y llenos de preciosos *bouquets*, con los que obsequió á todos sus comensales.



En la trampa del lobo

LA QUINTA WANDERBILT

Telegrafian de Newport que un voraz incendio destruyó la magnífica quinta con sus preciosos decorado, mueblajes y colección de obras de arte, propiedad del creso norteamericano Cornelio Wanderbilt. La furia

del viento y la escasez de agua en la localidad hicieron inútiles los esfuerzos practicados por salvar tantas riquezas. El valor de las cosas devoradas por las llamas excede de un millón de pesos fuertes.



Administración: Plaza de Tetuán, 50.—Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. M. Pla y Valor: Ancha de S. Bernardo, 19, pral.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA, PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA